

Pedro Amorós

UN AIRE DE EXTRAÑEZA

Prólogo: Ángel L. Prieto de Paula



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE NARRATIVA, n°25—

MADRID • MMXX

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © PEDRO AMORÓS JUAN

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Del prólogo © ÁNGEL L. PRIETO DE PAULA

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © Valentina Photos
(Artistic skyscrapers in the sky above the clouds)

Primera edición: Enero 2020

I.S.B.N: 978-84-121309-1-1

Depósito legal: M-38526-2019

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

«Hay una máxima que surgió entre los hombres desde hace tiempo, según la cual no se puede conocer completamente el destino de los mortales, ni si fue feliz o desgraciado para uno, hasta que muera. Sin embargo, yo sé, aun antes de llegar al Hades, que el mío es infortunado y triste».

(Sófocles, *Las Traquinias*)

«Desde mi infancia he dirigido la mirada más hacia el interior que hacia fuera, de ahí que sea lógico que hasta cierto punto conozca al hombre sin que en absoluto conozca a los hombres»

(J.W. Goethe, *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*)

PRÓLOGO

Si el título de un libro recopilatorio como este fuera para su autor algo azaroso o poco relevante, tal vez no habría escogido el del último relato que lo constituye —«Un aire de extrañeza»—, al que se encaminan ascensionalmente los restantes y que en buena medida da cuenta cabal del conjunto. Y si el autor, Pedro Amorós, asumiera que cada relato tiene una condición exenta y se explica por sí mismo, entonces quizá habría organizado el volumen atendiendo a la sucesión cronológica de escritura y publicación de sus componentes, y no a un orden que propicia que unos relatos compartan con los contiguos personajes y rasgos narrativos, y dialoguen con los distantes mediante remisiones internas, reiteraciones temáticas y recurrencias estilísticas. Ha facilitado de este modo una lectura compendiosa del libro como tal y no solo como yuxtaposición de cuentos (llamémoslos así, aunque el término me eche para atrás por su connotación de asunto ligero y esquinado con la verdad de las cosas): si no exactamente igual que una novela, y ni siquiera como una «novela de cuentos», sí como un mosaico cuyas teselas adquieren su plenitud en la percepción totalizadora.

Lo anterior se distingue bien si atendemos al último texto en su relación con los demás. En él se concitan caracteres fundamentales de todos los reunidos, y se nos proporciona a los lectores la llave que abre el sagrario en que se nos deriva hacia otro libro; hacia otra vida. Eso es, al menos, lo que nos indica al final: «Pero esa es otra historia que merece ser contada con detenimiento en otro lugar». Una alusión a una mujer madura y espectral, Selina, rebota en el recuerdo de otro cuento («En Arcadia») donde aparece la misma mujer, igualmente madura y espectral, y este en otro («El viaje») donde la vagarosa Selina, con los mismos «ojos cristalinos y cabellos de color melaza», es aún joven, extendiéndose ante nuestra mirada un rosario de apelaciones que concretan en otro cuento (en otra cuenta) estas resonancias misteriosas. Con lo que no solo tenemos remisiones internas entre los relatos reunidos, según se ha señalado atrás, sino externas entre los que aquí están y los que no están y acaso ni hayan sido escritos.

No puede afirmarse que los dieciséis textos acopiados en estas páginas respondan a una poética cerrada y estrictamente homogénea: unos son un apunte, apenas un fogonazo, frente a otros que tienen desarrollo articulado y sostenido; unos presentan una estética sustancialmente referencial y figurativa, frente a otros de índole fantástica. Sin embargo, en el conjunto circulan ciertos elementos que lo dotan de un evidente tono de familia, personajes guadianescos que brincan

de un relato a otro, obsesiones que se van confirmando a medida que se repiten los motivos.

Uno de estos elementos es la condición del narrador, superponible en muchos de los cuentos a la del hombre que los ha compuesto: es alguien que escribe o escribió guiones cinematográficos, que recibe algún requerimiento profesional de su editor, que viaja por lugares o reside temporalmente en ciudades que cabe asociar al autor (aun cuando ello solo lo puedan percibir adecuadamente quienes lo conozcan al margen de este libro). Nada hay en este mundo narrativo que se vincule al realismo costroso: incluso referencias de aspecto costumbrista, póngase como ejemplo la del funcionario cuya vida exterior se resuelve estampillando recetas de Muface para enfermos crónicos, actúan, más bien que como anclajes en el anecdotario realista, como factores de contraste para expresar la distancia insalvable entre los grumos de lo cotidiano y las vaharadas del ensueño, entre —digámoslo con Cernuda— realidad y deseo, como si se quisiera atar la imaginación a la pata de lo convenido o lo vulgar. La consecuencia es un estupor imposible de metabolizar, que orea el volumen con el caliginoso aire de extrañeza del título.

Los relatos de *Un aire de extrañeza* no son solo artefactos literarios, estéticos y culturales en cuanto a los efectos; también lo son en cuanto a los materiales de que están hechos, provenientes del arte, la escritura, la historia cultural. Ciudades como Praga o Lisboa, escritores conectados a ellas

como Kafka o Pessoa, rascacielos de la megalópolis que obturan la contemplación de la luna romántica, gemonías y pudrideros espantosos donde se avistan los resultados funerales del apocalipsis nuclear de Hiroshima y Nagasaki: todo ello instituye una retícula que nos atrapa, entre la consternación y el aturdimiento.

Pedro Amorós se ha especializado, si vale la paradoja, en saltar de un género a otro, acomodado a cada uno y yéndose de cada uno hacia otras playas, hacia otros derroteros: guion cinematográfico y ensayo histórico, drama y novela, nota autobiográfica y reseña crítica. Y relatos como estos, que forman una masa narrativa coral en la que sobrenadan la ética y la poética de su autor, y ante cuya singularidad solo queda invitarles, e incitarles, a la lectura.

ÁNGEL L. PRIETO DE PAULA

El hombre de la luna

Ricardo Tolá era un hombre tranquilo. Todas las noches soñaba con la luna. En la habitación donde dormía, Tolá —como le llamaban sus escasos amigos— tenía una ventana muy especial que le permitía ver el mundo, el cielo, las estrellas, la luna. Padecía el pobre hombre de una particular claustrofobia que le impedía descansar con las puertas cerradas y las luces apagadas. Por las noches no soportaba la oscuridad en un espacio cerrado. Tolá vivía en el último piso del edificio más alto de la ciudad y trabajaba como funcionario en Muface sellando recetas para enfermos crónicos. Todos los días, hacia las dos de la madrugada, de forma casi mecánica e inconsciente, Tolá abandonaba el lecho, se dirigía hacia la ventana y contemplaba la luna por espacio de una hora. Luego volvía a la cama y soñaba. Siempre el mismo sueño. Imaginaba las piedras lunares, los cráteres, las cadenas de montañas y el color del suelo en la luna. Y la vida seguía su curso. Por las mañanas sellaba recetas y por las noches soñaba con la luna.

Un día como otro cualquiera, Tolá leyó en el periódico una noticia que le dejó consternado. La empresa constructora Fiprisco se disponía a levantar una torre que llegaría hasta el cielo, ¡y precisamente frente al edificio donde vivía! Esa noche,

aunque volvió a soñar con la luna, lloró por primera vez en mucho tiempo. En los días que siguieron, mientras la torre crecía, la figura del tranquilo funcionario se empequeñecía. En casa, la mujer de Tolá, que había aguantado durante años las excentricidades de su marido, empezaba a sentirse hastiada. En el trabajo, sus compañeros empezaron a observar con preocupación que daba muestras de cierto nerviosismo, hasta el punto de confundir los talonarios de recetas con los partes de baja y los informes médicos con las analíticas.

Pasó el tiempo y llegó el día que tanto temía Tolá. La gigantesca torre tapó la visión del cielo. Esa noche, hacia las dos de la madrugada, como todos los días, se asomó a la ventana de su habitación pero sólo acertó a ver una masa grisácea que se correspondía con el edificio que se estaba alzando. Tolá se sintió como un ciego. Esa noche volvió a soñar con la luna, pero su sueño cambió. Imaginó una guerra entre los habitantes de la Tierra y los habitantes de la luna, entre terrícolas y seletitas. A la mañana siguiente, alarmado y desorientado, contó a su esposa el sueño que había tenido. Ese mismo día su mujer le abandonó. Tolá dejó de acudir al trabajo. Aislado del mundo, decidió hacer un agujero en el techo de su habitación para poder contemplar el cielo por las noches. Pocos días después, un vecino del edificio observó asombrado un enorme boquete en el suelo de la terraza.

Tolá fue internado en un sanatorio mental. Encerrado en un cuarto sin ventanas al mundo, dejó de soñar con la luna.

Por las mañanas paseaba por los pasillos del manicomio, por las noches se consumía. Falleció en extrañas circunstancias, solo, en su habitación. En la despedida, Tolá estaba tumbado sobre la cama y miraba fijamente el techo. Entretanto, una gigantesca torre de color grisáceo se levantaba sobre la ciudad llegando hasta el cielo.

El hombre
que llegaba
demasiado tarde

Cuando era pequeño sostenía el mundo con la palma de la mano. Y lo hacía girar. Y siguiendo el giro con la mirada daba vueltas con la esfera alrededor de la Tierra, y veía las nubes cerca de las montañas en el Kilimanjaro, el horizonte infinito que se abre en las praderas americanas, los grandes icebergs deslizándose por la Antártida, la lluvia cayendo sobre los arrozales cercanos al Yangtsé, y el atardecer rojo flotando sobre el foro romano, pero también veía a un soldado irreconocible en las trincheras de un campo de guerra, a miles de campesinos trabajando arrodillados sobre el suelo sin poder ganar lo suficiente para sobrevivir, a obreros cansados perdiendo su salud junto a una máquina infernal, a esclavos fustigados por el látigo en una plantación de algodón y a cientos de personas empujando enormes piedras, deslizándose como gusanos por el desierto.

Un buen día, al cumplir doce años, se dio cuenta de que la esfera había dejado de girar en la palma de su mano. Todo aconteció de forma muy rápida, una tranquila tarde de verano, cuando sobrevino un estallido —y luego un incendio— en un edificio del centro de la ciudad. En el siniestro fallecieron su padre, su madre y su hermana. Lloró desconsoladamente